

como las previsiones del futuro, es mucha veces la Historia. De ella se puede y debe además aprender a no volver a caer en los mismos escollos antiguos.

Pero hoy, desgraciadamente, no están de moda su estudio y difusión, salvo las socorridas Memorias personales que inundan nuestras librerías, y que debían ser leídas más críticamente, porque no es infrecuente la deformación de la realidad que éstas producen.

Barreiro, un buen especialista de la Historia, se propone en esta apretada obra —muy bien escrita— (1) un estudio de la ideología dominante en los si-

(1) J. Barreiro Somoza: *Ideología y conflictos de clases. Siglos XI-XIII*. Ed. Pico Sacro, Santiago, 1977.

glos XI-XIII, que partía de una "concepción teocrática de la vida" y daba "origen de las pretensiones del *dominium mundi* del Papado". Estos "ideales imperialistas" no sólo sonaron entonces, sino que resonaron en muchos católicos convencidos del tiempo de la Segunda República, de 1931 a 1936, y colaboraron a crear una mentalidad imperialista que nos invadió en nuestra posguerra civil, si bien con menor desprendimiento y con menos idealismo que el que había existido en su gestación años antes.

El método empleado por Barreiro tiene en cuenta el "proceso dialéctico" de la realidad y —por eso— constituye una "aproximación nueva" a la apasionante historia de aquellos

tiempos, tan mal contada hasta ahora.

En nuestros "reinos hispánicos" las controversias políticas del Papado calaron menos porque estábamos preocupados casi únicamente por nuestros problemas internos. Pero la amplia influencia que en todo el territorio de Europa ejercía el gran centro de la cristiandad quiso extenderse persistentemente a nuestro país, aunque no lo consiguió a la medida de sus deseos. No hay más que ver que la Inquisición no pudo aclimatarse en Castilla —a diferencia de lo ocurrido en el resto de Europa— por aquellos siglos. Sólo la Reina Católica lo consiguió, aunque a destiempo, porque en los vecinos países se abolió por entonces.

Parecerá a algunos que el libro de Barreiro es demasiado crítico del catolicismo y que toma partido contra él a veces, pero esto ocurre por la simple razón de que no estamos acostumbrados a un trabajo serio y auténticamente histórico, sin "parti pris", de la historia eclesiástica. Hasta ahora —y salvo excepciones como la meritoria, aunque ya anticuada, del alemán Ludovico Pastor— hemos tenido disponibles en estos años casi únicamente historias "apologeticas", no historias veraces y claramente escritas, cuya lectura apasionará en muchos momentos por su verismo y novedad.

En una primera parte analiza la génesis, desarrollo y crisis de

ADIOS A LAS LETRAS

Alternativa

Lo curioso de las palabras es que son como la grava y como la paja. Palabras como la que precede, alternativa, mantienen en vilo al que no posee otro motor que el ojo para advertir lo que hay detrás del sustantivo. Sin embargo, la frecuencia con la que se usa tal verbo le quita la frescura, la significación y la importancia. Nada es alternativo. Al contrario: lo alternativo es deuda de lo que figura como clásico.

También existe la palabra vanguardia. Valeriano Bozal ha querido desempolvar la palabra en un libro de arte escrito a dos columnas, como una hoja parroquial. Un crítico, Francisco Calvo, decidió que el texto no era el mejor de los mundos,

Eleuterio Sánchez.



y lo escribió. En mala hora. La última vez que una voz escribió el nombre soledad, cubrieron la boca del personaje millones de hormigas que quisieron acallar ese sonido.

Ocurrió lo mismo ahora. Los autores de los libros no se hallan acostumbrados en España a recibir el sobrio rocío amargo de la crítica. Se prefiere el acto dominguero, bullanguero y jugador; el golpecito en la espalda, y la enhorabuena que se queda vacía, como un paspartú, detrás de la velada en la que todo es elogio.

La alternativa es callarse. El otro día vi a Manuel Fraga Iribarne en el Congreso de los Diputados. El líder aliancista hacía la defensa de una abstención. Si usted no quiere hablar, no justifique el silencio, me dieron ganas de gritarle desde mi propio silencio, acrecentado por la lectura de Anaïs Nin, a quien es mejor leer en el escaño que en la tribuna de prensa, donde se le advierte a uno mucho mejor que el pleno parlamentario no interesa nada.

Pero Fraga Iribarne no se calla. Es como Valeriano Bozal, aunque sin el primer apellido. No le vi el gesto al político cuando se hablaba de la despenalización de la esterilización, aunque me imagino que un parlamentario de tantos tirantes, ante tamaño disparate machoético, reaccionaría con la gallardía que no cabe esperar, por ejemplo, de Laureano López Rodó, que tomaba a mi lado una coca-cola con bromuro por orden de su psiquiatra, un amigo cristiano de Gonzalo Fernández de la Mora.



Manuel Fraga.

El peligro es no hallarle alternativa al silencio. En la última Feria del Libro, que aún está abierta cuando estas líneas ven la luz, se advierte de nuevo que el silencio chirría entre nosotros. A la crisis de las editoriales se suma la crisis del vocabulario. Si en una caseta El Lute espera que venga Umbral a buscar entre los papeles para hallar la nueva definición de este mes y estamparla sobre la boca de las adolescentes, en otra está Günter Grass esperando que las moscas del lugar le abandonen la mano con la que firma, impávido, los ejemplares eternos de su tambor de hojalata.

La Feria es brava y añeja, porque existe para todos. Gracias a la Feria, uno escucha los lobos de Martín Descalzo o se horroriza ante las colas simbólicas que esperan la resurrección

de Franco, anunciada por su apóstol, el Vizcaino Casas. Junto a Fuerza Nueva, amigos antiguos de la tierra carcelaria como Ferrés o como el propio Lute certifican sus ejemplares, en un ambiente de camaradería que es la alternativa que se le ofrece al pasado y que es también la alternativa que se ofrece al otro lado del presente, donde los mismos ultraderechistas que mantienen su "stand" libresco usan la empuñadura de la bandera o cualquier lomo metálico de un libro no abierto para abrirle la cabeza a aquel que, como alternativa, se niega a levantar la mano abierta hacia el sol, como si no fuera la lluvia lo que cada año acoge la Feria libresco de Madrid. El Retiro está lleno de alternativas y, a veces, está lleno de hostias.

SILVESTRE CODAC.